

luterano la doctrina de la justificación sin las obras, pasada ya de moda entre los protestantes mismos.

Enemigo de la tiranía religiosa se decía á todas horas Blanco, y sin embargo, cuando en 1826 emprendió, á ruegos de su amigo mister Looker (de *Greenwich*) la refutación del *Book of the Roman Catholic Church* del irlandés Mr. Carlos Butler, y la publicó con título de *Evidencia práctica é interna contra el Catholicismo*¹, no dudó en solicitar desde las primeras páginas de la obra la intolerancia, no ya dogmática sino civil, contra los infelices católicos de Irlanda, asentando con singular franqueza que «la única seguridad de la tolerancia ha de ser un cierto grado de intolerancia con sus enemigos, así como en los gobiernos más libres las prisiones son necesarias como remedio preventivo para defender la libertad». Después de ésto, ¿qué fuerza tiene su carta sobre la intolerancia del poder papal? ¿Y no es absurdo invocar argumentos de unidad, autoridad y tradición dogmática en favor de la Iglesia anglicana, es decir de una Iglesia nacida ayer, rebelde y cismática, y desestimar la misma unidad y la misma tradición aplicadas á la Iglesia de Roma, la más antigua y robusta institución del mundo moderno, fundada sobre la roca incontrastable de los siglos? ¿Si la Iglesia de Inglaterra busca en alguna parte sus tradiciones, dónde las ha de encontrar sino en el monje Agustín y en los misioneros que Roma la envió? ¿De dónde procedió la ordenación sacerdotal? ¿De dónde la gerarquía de aquella Iglesia? Peor y más absurda y odiosa situación que la que Blanco tomaba dentro del protestantismo, no es posible imaginarla. Constituirse en campeón de la intolerancia aristocrática de los Obispos ingleses, otorgar á la hija rebelde lo que negaba á la madre..... para eso no valía la pena de haber mudado de religión ni de haber salido de Sevilla. Des-

¹ *Practical and Internal Evidence against Catholicism, [with occasional strictures on Mr. Butler's Book of the Roman Catholic Church: in six letters, addressed to the impartial among the Roman Catholics of Great Britain and Ireland,] By the Rev. Joseph Blanco White, M. A. B. D. [In the University of Seville, Licentiate of Divinity in the University of Osnaburg, formerly Chaplain Magistral (Preacher) to the King of Spain, in the Royal Chapel at Seville; Fellow, and once Rector, of the College of S. Maria a Jesu of the same town; Synodal Examiner of the Dioceses of Cordoba and Cadix; Member of the Royal Academy of «Bellas Letras» of Seville, etc., etc. Now a Clergyman of the Church of England: Author of «Dobladó's Letters from Spain» and «The Poor Man's Preservative against Popery.»] Second edition, [revised, corrected and enlarged.] London: John Murray, Abchurch Lane, 1826. 4.º XX más 351 págs.*

(Al fin dice: «London: printed by Thomas Davidson, Whitefriars».)
Esta dedicado al R. Eduardo Copleston. Blanco firma la dedicatoria en Chelsea, el 30 de Abril de 1825.

Consta el libro de seis cartas: 1.º Biografía del autor. 2.º Autoridad é intolerancia del Papa. 3.º Infalibilidad. 4.º Unidad y tradición. 5.º Moral (es contra el celibato y los conventos). 6.º Progreso intelectual.

pues de todo, ¿qué diferencia esencial hay entre la doctrina que Blanco inculcó con tanto fervor contra Butler y Tomás Moore, y la que se deduce del tratado de *justa haereticorum punitione* de Fr. Alfonso de Castro? Al uno, le parece bien que se quemé á los herejes; al otro, (como los tiempos han amansado las costumbres) le entusiasma la idea de convertir á los católicos con destierros, prisiones y embargos, con la privación de los derechos políticos y con cargarlos de pesadimas gabelas y cánones usurarios, para que sostengan un culto y unos ministros que detestan, y para que Arzobispos de farándula, no obedecidos en territorio alguno, cobren y repartan con sus evangélicas *ladies* rentas de 10 y 20.000 libras esterlinas por razon de diezmos.

Fácil triunfo dió á Butler la actitud de Blanco, que así y todo replicó con poca gracia á sus argumentos, en una *Carta* impresa en 1826¹, gran parte de la cual versa sobre el dogma de la exclusiva salvacion de los católicos, y sobre la *catolicidad* ó universalidad atribuida á la Iglesia Romana. ¡Aún no se habia enterado del verdadero sentido de la palabra *católico* en nuestra Iglesia, ó afectaba no entenderle, tomándole en su acepción materialísima! ¿Y en nombre de qué iglesia venia á combatirnos? De una iglesia que *non semper nec ubique nec a omnibus* vió recibidos, trasmitidos y acatados, enteros y sin mancha, sus dogmas, sino que nacida ayer de mañana por torpe contubernio de la lujuria de un rey, de la codicia de una aristocracia y del servilismo de un clero opulento y degradado, cambió de dogma tres veces por lo ménos en un siglo, creyó y dejó de creer en la presencia real, abolió y restableció las ceremonias, y acabó por doblar la cerviz á la Constitución de los 39 artículos de la Papisa Isabel, sólo porque así quedaban las rentas y desaparecia el celibato. ¡Es cosa seria, en pleno siglo XIX, que un clérigo de esta iglesia, sometida á una declaración dogmática tan inflexible como la nuestra, venga á decirnos (como dice Blanco) que «la obediencia espiritual de los católicos vale tanto como renunciar al derecho de usar de las facultades de nuestra mente en materias de fé y de moral?» (Página 5). Porque una de dos: ó Blanco era un hipócrita, ó admitía en aquella fecha la Constitución de los 39 artículos y las leyes posteriores, y el libro de la Liturgia que ordenó el rey Jacobo, y las decisiones sinodales del Arzobispo de Cantorbery..... y por tanto

¹ *A Letter [to Charles Butler, Esq.] on his notice of the «Practical and Internal Evidence against Catholicism» [by the Rev. J. Blanco White, M. A.] Of the University of Oxford. [London: Murray,.... 1826. 4.º, 131 págs.*

había renunciado generosamente al derecho de discurrir contra todas las cosas que allí se contenían, ni más ni ménos que esos papistas tan odiados por él. De suerte que el único triunfo de su razón había sido cambiar la autoridad del Papa por la autoridad lática de la reina Isabel. Por lo demás, seguía rezando las mismas oraciones que en Sevilla, sino que en inglés y no en latín, y sometido á la autoridad de un Arzobispo que solía alarmarse de la indisciplina de Blanco, y de su tendencia á volver al monte de la impiedad por el camino del *unitarismo*.

Porque es de saber que Blanco fué, muy desde el principio, sospechoso entre los clérigos anglicanos, y ya el Dr. Whately (luego Arzobispo de Dublin y autor de una *Lógica* excelente) anunció de él casi proféticamente que pararía en *unitario*. Pero ¿qué más testimonio que el del mismo Blanco en su *Preservativo contra Roma* (página 10), libro de la más exaltada ortodoxia cantorberienese? «Os confesaré (dice) que algunos años despues de abrazar el protestantismo (en 1818), tuve algunas tentaciones en mi fé, no en favor del Catolicismo, sino con respecto á la doctrina de los que se llaman *unitarios*, esto es, los que creen que Jesucristo no es más que un hombre, hijo de José y María. Para mí ésta fué una solemne crisis, porque como había estado tanto tiempo sin religión, necesitaba un socorro extraordinario de la gracia divina, para no caer otra vez en aquel abismo. En este estado de duda, volví á examinar con el mayor cuidado las Escrituras, sin cesar de pedir á Dios que me pusiese en el camino de la verdad. Anublaron por largo tiempo mi alma las dudas, y la oscuridad se espesaba de cuando en cuando con tanta intensidad, que llegué á temer de la fé cristiana en mi espíritu..... Pero la gracia de Dios obraba secretamente en mí..... y despues de pasar casi todo un año sin asistir á los Divinos Oficios, la misericordia divina condujo mis pasos al templo. Me arrojé en brazos de Cristo, y no fué vana mi confianza».

Sí que lo fué, y vanísima, porque él era todo ménos cristiano, y siempre llevó consigo el gérmen unitario. En vano quiso combatirle con el ascetismo protestante, á que se entregó en casa de lord Holland los dos años que en ella vivió como ayo de Fox, desde Setiembre de 1815. En vano se enfrascaba en todo género de lecturas supernaturistas; y le unían cada vez más á la Iglesia anglicana sus amistades, y especialmente la del reverendo William Bishop, vicario de Santa María en Oxford. Dos puntos le preocupaban siempre, la divinidad de Cristo y la inspiracion divina de las Sagradas Escrituras.

De ellas hacia materia continua de conversacion con los teólogos oxfordienses, que ya le habían incorporado en su gremio con el título de Maestro en Artes, dándole además una cátedra en el colegio Oriel. Hasta 15 de Julio de 1815 no había renunciado solemnemente Blanco á su magistralia de San Fernando, ni puétose en condiciones de aceptar beneficios de la Iglesia anglicana. Vivía de las pensiones con que el gobierno inglés premió su apostasía política, y de la proteccion de lord Holland, que le admiraba tanto, que quiso dejarle encomendada la tutoría de su hijo.

Blanco la aceptó primero y la renunció despues, porque á cada hora se iba enfrascando más en su teología, tanto que, para dedicarse con más sosiego á ella, buscó en Brighton el retirado asilo de la casa de su amigo Mr. Bishop, que no pudo curarle de sus dudas acerca de la Sagrada Cena.

Desde 1828 á 1834 se dedicó con ardor increíble al hebreo, pero lejos de disiparse, crecieron sus tendencias al *unitarismo*, y encontrando nuevas dificultades en el Antiguo Testamento, acabó por rechazar la inspiracion divina de las Escrituras.

Muy raros ócios literarios interrumpian estas meditaciones religiosas ó anti-religiosas. Aun lo poco que entónces escribió (fuera del artículo *Spain* para la *Enciclopedia Británica*) no sale del círculo de sus estudios predilectos, puesto que se limitó á corregir la Biblia castellana de Scio, por encargo de la Sociedad Bíblica de Lóndres, que se proponía difundirla copiosamente en España; á traducir la obra apologética de Paley (que cedió luego á Muñoz de Sotomayor), y á corregir la version de las *Evidencias* del Obispo Porteus. Aun el mismo estudio que entónces hizo de los *pamphletaires* ingleses (Addison, Steele, Swift), más que para otra cosa sirvió para adestrarle en el estilo incisivo y polémico, que aplicó luego á la controversia religiosa.

De las cosas de España Blanco se cuidaba poco: sólo de vez en cuando, á ruegos de su grande amigo el poeta Roberto Southey, y de Thomas Campbell, director del *New Monthly Magazine*, publicaba allí algun artículo sobre nuestras costumbres ó sobre la fracasada reforma constitucional. En 1824 había impreso, traducido al castellano, pero sin su nombre, el libro de Cotta sobre la ley criminal de los ingleses.

Por más que el *unitarismo* de Blanco se estuviese incubando desde el año de 1818, la conveniencia mundana le inducía á observar escrupulosamente las prácticas de la Iglesia anglicana, y á tomar con gran calor su defensa, si alguien la atacaba. Cuando predicó en Upton

su primer sermón en inglés, la resonancia fué grandísima, y el doctor Pusey, y Newman (hoy columna fortísima de la Iglesia católica) buscaron su amistad, al mismo tiempo que el Dr. Whately, y Mrs. Hemans, y el delicado y profundo poeta lakista Coleridge. Dios, que del bien saca el mal, permitió que los últimos escritos de Blanco, que tan acerbamente ponen de manifiesto las llagas de la iglesia oficial de Inglaterra y sus contradicciones interiores, fuesen acicate y despertador para la conversión de Newman, según el mismo ha declarado. La Iglesia ganó en el cambio.

Todavía en 1829 escribía Blanco ¹: «Estoy sinceramente adicto á la iglesia de Inglaterra, por ser la mejor iglesia cristiana que existe». Pero se engañaba á sí mismo ó quería engañarse. Fluctuando entre el más absoluto racionalismo y el tradicionalismo más exaltado, unas veces afirmaba que «el Cristianismo ha de dirigirse á la razón sola, como la luz á los ojos,» y otras veces rechazaba las nociones metafísicas de los atributos divinos, como «falsas, contradictorias y engendradoras de ateísmo». En tal tormenta de encontrados afectos se hallaba, cuando riñó su última batalla en pró de la iglesia oficial y en contra de la emancipación de los católicos, á instancias del Arzobispo de Dublin Whately, de cuya compañía y amistad disfrutó algún tiempo.

Y ciertamente que la ocasión era solemnisísima. El poeta más grande del Reino-Unido, después de Byron y de Shelley, el divino cantor de las *Melodías irlandesas* y de *Los Amores de los ángeles*, el *Anacreón-Moore* que Byron eternizó en las estrofas del *D. Juan*, aquel ingenio maravilloso, todo color, brillantez y halago mundano, que transportó á las nieblas del Norte todas las pompas, aromas y misterios del Oriente, como si en él hubiese retoñado el espíritu de Hafiz, de Firdussi ó de Sadi; Tomás Moore, en fin, por quien logran eterna vida los *adoradores del fuego* y el *velado profeta del Khorasán*, bajaba á la arena en pró de la religión de San Patricio y de los siervos irlandeses atados al terruño del señor feudal y del obispo cismático. ¡Dichoso país Inglaterra, donde el ser poeta de salón no excluye el ser consumado en la noticia de los Padres Griegos y de los Gnósticos! El libro de Tomás Moore, *Viaje de un irlandés en busca de religión*, queda en pie como uno de los más hermosos monumentos de la literatura católica de este siglo. «Vosotros (parece decir á los obispos anglicanos) si de alguna parte derivais vuestra creencia, si á alguna fuente acudís para certificaros de la tradición dogmática, si no os re-

¹ Pág. 457, tomo I de su biografía.

signals á ser de ayer, y á que vuestra iglesia naciera en medio del motín, habeis de remontaros por la corriente de la Iglesia griega y latina hasta los primeros apologistas, y desde éstos, hasta los Padres Apostólicos. Esos son vuestros libros y tambien los nuestros: allí está lo que pensó y creyó la primitiva Iglesia, y ellos vendrán en este pleito á dar testimonio contra vosotros. San Ignacio, San Policarpo, San Clemente, San Ireneo, *el Pastor* de Hermas, San Justino, Atenágoras, Taciano, Clemente Alejandrino, Orígenes..... os mostrarán desde los primeros siglos la unidad sacerdotal, la Cátedra de Pedro, la presencia real eucarística, la Misa, la oración por los muertos, las imágenes, la veneración de las reliquias: en cambio, de la doctrina de la fé justificante sin obras, no hallareis rastro. Poneis por juez á la tradición, y la tradición sentencia contra vosotros. Lo que admitís os condena lo mismo que lo que rechazáis. Confesad que sois un puñado de rebeldes, y no os llameis herederos de la primitiva Iglesia, que os hubiera arrojado de su seno, como á los marcionitas ó á los valentinianos.»

Imagínese este argumento desarrollado con toda la erudición patristica que el caso requería, y en la cual Tomás Moore (según confesión de Byron) era aventajadísimo más que casi todos los teólogos ingleses; póngase sobre la erudición y el razonamiento la más espléndida vestidura literaria, digna del autor de *Lallah Rook*, que esta vez añadía á sus antiguos timbres de poeta galante y descriptivo el de satírico vengador y profundo, rompiendo todos los cendales de la mogigatería anglicana, y sólo así se tendrá idea del pavor que infundió al alto clero inglés aquella máquina de guerra que llevaba juntos el empuje de la ciencia, el del estilo y del sarcasmo.

Para contestar, fué elegido Blanco, á pesar de las sospechas que ya infundía. Blanco leyó la obra, y le pareció escrita con grande habilidad. «Su objeto (dice) es acrecentar el odio de los católicos irlandeses contra los protestantes. ¡Extraña cosa que los partidarios más declarados de la libertad empleen sus poderosos talentos en servicio de los clérigos irlandeses! Ostenta Moore inmensa lectura de autores eclesiásticos y controversistas, tirando á demostrar en forma popular que el Papismo y el Cristianismo son cosa idéntica, puesto que los principales dogmas del Romanismo se hallan en los Padres de los cuatro primeros siglos.»

¿Y qué podía oponer Blanco á esto? Nada; y sin duda por eso, y por no verse precisado á defender á la iglesia oficial, de que ya en su corazón estaba apartado, prefirió continuar el libro de Moore en la

misma forma de novela, tomando al *gentleman* irlandés (héroe del libro de su adversario) en el momento de su conversión al Catolicismo, y haciendo de los católicos la misma sañuda irrisión que había hecho en las *Letters from Spain* y en el *Preservativo*, pero con ménos gracia.

Nunca segundas partes fueron buenas, y por eso y por los resabios de *unitarismo* que no faltan en el libro, aunque embozados, el *Segundo viaje de un caballero irlandés en busca de religion*¹ no contentó á nadie. Ni á los católicos ni á los anglicanos les pareció contestación, ni lo era en efecto, ni Tomás Moore descendió á refutarla, satisfaciéndose con clavar al apóstata canónigo en la picota de la sátira con dos ó tres rasgos dignos de Arquiloco.

El mal éxito de esta polémica acabó de poner mal á Blanco con sus antiguos amigos los *torys*, y como al mismo tiempo, sin mudar sustancialmente de parecer acerca de la emancipación de los católicos, diera muestras de inclinarse á mayor tolerancia, y abrazara la defensa, y propusiera la reelección por la Universidad de Oxford, del ministro Peel, que había consentido en 1829 en conceder á los católicos algunos derechos, volviéronse encarnizados contra él los reverendos de la iglesia anglicana, y le exasperaron en términos, que, roto todo disimulo, hizo pública su defección, ya mentalmente consumada mucho había, renunció la cátedra de Oxford y los beneficios ó prebendas, é hizo en Liverpool en 1835 profesión solemne de fé unitaria ante el Dr. Jorje Armstrong.

Desde entonces los anglicanos huyeron de él como de un apestado, los *puseístas* también, y en sus últimos años se vió reducido al trato y correspondencia de los *unitarios* y de los *positivistas*, de Channing y de Stuart-Mill: lo más radical que en teología y en filosofía podía ofrecerle la raza inglesa.

¹ *Second Travels of an Irish Gentleman in search of a Religion. [White Notes and Illustrations,] not by the Editor of 'Captain Rock's Memoirs' (pseudónimo que había adoptado Tomás Moore). In two volumes. ... Dublin: Richard Milliken and son.... 1833. Dos tomos. 8.º El I de XVII más 249 págs.; el II de 245 págs.*

IV.—BLANCO «UNITARIO» (1833).—SUS ESCRITOS Y OPINIONES.—SU MUERTE (1841).



EL UNITARISMO moderno (que otros llaman *protestantismo liberal*), si bien convenga con la antigua secta sociniana en negar la Trinidad, y la Divinidad de Cristo, va más adelante, y apenas puede llamarse secta cristiana, por cuanto extiende esta negación á todo lo sobrenatural contenido en los Evangelios, y acepta sólo su parte moral, tomando á Cristo como dechado y ejemplar de perfección, en lo cual dicen que consiste la originalidad del Dr. Channing. Como una de tantas formas de impiedad y deísmo, esta secta (si tal puede llamarse la que absolutamente carece de dogmas y de ceremonias) tiene en Europa muchos adeptos que quizá ignoren que se llaman *unitarios*, pero no iglesias ó congregaciones, á lo ménos conspícuas y numerosas. No así en los Estados-Unidos, donde la extendió mucho y le dió cierta organización el Dr. Channing, famoso por su celo filantrópico y por la elocuencia de sus escritos. Blanco leyó sus sermones y su libro de la *Evidencia del Cristianismo* (que luego tradujo al español un tal Zulueta, heterodoxo oscuro); le entusiasmaron mucho, decidieron en gran parte su evolución unitaria, y entró desde luego en correspondencia con el autor por mediación de Armstrong.

Esta correspondencia es muy curiosa por el odio que Blanco, mal curadas aún las heridas que había recibido de la iglesia anglicana, manifiesta á todo dogmatismo. «Todo sistema de ortodoxia (escribe) es necesariamente injurioso á la causa de la verdad religiosa.... todos los nombres dogmáticos son una injuria para el cristianismo». Entiéndase que este cristianismo de Blanco es «un cristianismo espiritual, libre de teorías y de la doctrina de la interpretación verbal». Lo que más le irrita es la *Bibliolatría* ó idolatría práctica y materialista de los ingleses por el texto de la Biblia, la mojigatería de Oxford (*Oxford Bigotry*), el metodismo y las *coterías* de los Pietistas, la tiranía religiosa de aquellos doctores que *miden la verdad con el termómetro del «Comfort»*, el fetiquismo de la iglesia oficial «establecimiento político de religion».

Aprendió el alemán, entró en correspondencia con Neander, y se dió con encarnizamiento á la lectura de Paulus, de Strauss, y de los exegetas de Tubinga. Declaró en carta á Stuart-Mill que «la dei-

ficacion de Cristo era una vuelta á la concepcion primitiva de la causa suprema en la infancia del entendimiento humano». De los exegetas pasó á los filósofos: Kant le enseñó que «la virtud era independiente del temor y de la esperanza, y áun de toda creencia en la inmortalidad». Fichte, interpretado á su modo, le sugirió la fórmula de *God within us* (*Deus intra nos*) y una teoría del Espíritu Santo, que compendió en estas palabras de Séneca: «*Sacer intra nos Spiritus sedet, malorum bonorumque nostrorum observator et custos. Hic prout a nobis tractatus est, ita et nos ipse tractat*». Acorde con todas las opiniones de Strauss sobre la autenticidad de los Evangelios, rechazaba toda la parte histórica como *greatly corrupted*, y sólo daba cuartel á la parte moral, y áun ésta *reformada* (*risum teneatis*), esto es, «restaurada, á la manera que un artista de génio restaura una antigua estatua por medio de sus incompletos fragmentos..... cuidando sólo de que el amor á lo maravilloso no extravíe el sentido moral».

Tan apasionado en sus amores de un día como en sus ódios, sostuvo, despues de estudiar la filosofia alemana, que «dominaba en Inglaterra la más profunda ignorancia en materias de metafísica», á la manera, y no con ménos violencia que en otros días había defendido en las *Letters from Spain*, que nunca había existido verdadera poesía española, ni áun era posible que la hubiese.

Las últimas obras de Blanco, *Nuevas consideraciones sobre la ley de libelo antivigilioso*², y *Cartas sobre herejía y ortodoxia*³, más que exposiciones dogmáticas del unitarismo, son ardientes alegatos en pró de la tolerancia para todas las sectas. Sus verdaderas convicciones, de entonces, ó más bien la ruina y naufragio de sus convicciones, han de buscarse en las cartas que escribía á Channing, á Stuart-Mill, á Neander, notando día por día las variaciones de su conciencia. Todo principio de autoridad, ora fuese sobrenatural, ora racional, había llegado á serle antipática. «La causa de todos los males que oprimen al verdadero Cristianismo (escribía á Channing en 9 de Mayo de 1837) es la idea de algun género de infalibilidad que resida entre los hombres.... esta es la causa de los progresos que el Cato-

¹ I was practically convinced of the profound ignorance of these subjects which prevails in England.

² The law [of] anti-religions libel [reconsidered] in a letter [to the] editor of the Christian Examiner, [in answer to an article against a] pamphlet, entitled, [Considerations by John Search. By] the Rev. Joseph Blanco White, M. A. [Of Oriel College, Oxford....] Dublin: [Richard Milliken and son....] 1834. 4^o, 106 págs.

³ Observations [on] Heresy and Orthodoxy. [By the] Rev. Joseph Blanco White, M. A.... [Second edition. London: [John Mardon Farringdon Street] and [Charles Fox....] 1839. 8^o XXXII más 158 págs. Dedicado á los unitarios de Liverpool y Bristol. Esta obra mereció los plácemes de Channing, en carta fecha en Boston, Febrero de 1836.

licismo va haciendo cada día. Los protestantes no son más que una rama desgajada del papismo. Si la religion se funda en alguna especie de infalibilidad, justa y necesaria é incuestionable cosa es que todos debemos caminar á Roma en demanda de la salvacion».

Así el Dr. Channing como su amigo Blanco vieron con terror acercarse la avenida *puseista*, la *explosion papista de Oxford* (*popish explosion*), y en pos de ella el triunfo del Catolicismo en Inglaterra, y trataron de atajarla con una forma de cristianismo naturalista: la forma unitaria, que Blanco definía «religion puramente espiritual, de la conciencia, del *Logos*, de la luz de Dios en el hombre».

¡Vanos ensueños! Semejante religion no era más que un panteísmo recreativo, ecléctico, femeníl y vago, sin virtud ni eficacia. El poder lógico de la *Ética* de Espinosa les asustaba. «Es evidente (dice Blanco) que la totalidad de este sistema se funda en el erróneo principio, de que una definicion subjetiva, como la de sustancia, puede tener consecuencias de valor objetivo»⁴.

¿Y no era *subjetivismo* tambien, intolerante y exclusivo, reconocer á la razon como «única fuente de nuestro conocimiento respecto de Dios.... y no sólo independiente del método llamado *Revelacion* (sic), sino existente por igual en todo hombre?» con lo cual venia á darse á la razon un valor objetivo, impersonal y universal: sofisma de tránsito, semejante, si no idéntico, al que él atribuye con razon á los panteístas?

El libro del Dr. Powell «sobre la conexion de la verdad natural y la revelada» concentró las meditaciones de Blanco en el problema de la inspiracion y de la infalibilidad, y declarándose desligado de toda adherencia teológica, proclamó la perenne revelacion por «la interna presencia de Dios en el alma», y áun ésta no íntegra, sino excluyendo de sus facultades á la loca de la casa, á la imaginacion, *base de toda idolatría*. «El mundo interno (repetía) es la perenne fuente de Dios». Pero en el mundo interno la imaginacion había llegado á ser objeto de sus implacables iras, por lo mismo que era de sus facultades la dominante y la que más le extraviaba. La lengua inglesa figurativa y poética (contra la comun opinion) le parecia ya tan odiosa como la castellana. La encontraba pobre de lenguaje técnico y de nomenclatura abstracta. Suspiraba por las orgías metafísicas de Alemania.

⁴ It is evident that his whole system is founded upon the erroneous principle, that the consequences of a subjective definition (such as that of substance) must have objective validity. But the work is a wonderful piece of reasoning. (P. 362.)

Al mismo Channing, moralista antes que filósofo, llegó á parecerle mal tan desmandado é intolerante racionalismo y tal desprecio de la imaginacion. «¿No es empleo de esta gloriosa facultad (decia respondiendo á Blanco) contemplar en el universo el tipo de la Divinidad, en el sol la antorcha de su gloria, en el bello y sublime espectáculo de la naturaleza los signos de su espiritual belleza y poder? ¿No es la imaginacion el principio que tiende á lo ideal, que nos levanta de lo finito y existente, y que concibe lo perfecto, que los ojos ni aún han podido vislumbrar? Yo considero la religion como resultado de la accion unida de todas nuestras facultades, como revelada por la razon, la imaginacion y los sentimientos morales..... Á mi juicio, la historia del Cristianismo en los Evangelios es inestimable. La vida, espíritu y obras de Jesucristo, son para mí las más altas pruebas de su verdad. Doy grande importancia á los milagros. Están vitalmente unidos á la religion y maravillosamente adaptados á ella. No son acontecimientos arbitrarios ni anómalos. No tengo fé en los milagros aislados y sin propósito, únicos que son moralmente imposibles, pero los milagros de Cristo pertenecen á él, completan su manifestacion, están en armonía con su verdad y reciben de ella su confirmacion».

¡Hermosísimas palabras, viniendo de un enemigo de la Divinidad de Cristo! ¡Bra lo que le faltaba á Blanco-White, que los unitarios, la secta más disidente de todas las cristianas, le declarasen hereje! Pero él no se dió por vencido y replicó á Channing que la imaginacion tenia poderosa y directa tendencia á la idolatría, y que la verdadera religion nacia sólo de las facultades racionales. La imaginacion (añade), es la máscara del error: dá apariencia de verdad á lo que no existe. La espiritualidad del Cristianismo requiere su absoluta exclusion, pero no la del sentido moral, porque éste tiene su raíz en la conciencia, que es la razon práctica.

Yo no sé por qué Blanco persistia en llamarse cristiano, puesto que ya en 1839 habia llegado á rechazar toda *inspiracion verbal*, todo credo, artículo ó catecismo, áun el de los unitarios, teniendo por único criterio la experiencia interior, sin dar más valor al Antiguo y Nuevo Testamento que á otros monumentos de la antigüedad, admitiendo ó rechazando de ellos lo que su razon le inducia á aceptar ó rechazar¹. Tenia por auténtico el Evangelio de San Juan, pero no

¹ «The writings of the Old and the New Testament are historical documents, which I treat exactly like other remainments of antiquity..... I approve in them what I find worthy of approval, and reject what I see no reason to believe or follow» (cap. X de la biografía). En otra parte escribe: «In this

los sinópticos. Para él la religion no era otra cosa que «la libertad en el conocimiento de Dios como nuestro Padre» ó bien «una habitual aspiracion á la fuente de la vida moral.....» debiendo estimarse «la pintura histórica de Jesús de Nazareth como vehiculo para la instruccion popular», cual si se tratase de la biografía de Sócrates ó de la de Confucio. Y aunque jamás se hizo panteísta, y defendió en toda ocasion contra los germanófilos «la personalidad separada de Dios», y como regla de vida moral «el conformarse á la voluntad de Dios en toda determinacion, conforme al espíritu de las Sagradas Escrituras», aquí paraba su creencia, y ese espíritu de las Escrituras era para él cosa tan vaga y poco definida, que, léjos de cuadrar con ningun dogmatismo, le hacia aborrecer hasta el nombre de *unitario*¹ por lo que tenia de dogmático y áun de *injurioso á la causa del Cristianismo*, estimando que «las confesiones de fé que dividian al mundo cristiano, eran meramente escuelas de filosofia aplicadas á la religion desde los tiempos mismos de San Pablo». De aquí el nombre de cristiano *anti-escolástico, anti-sectario ó sin artículos*, que quiso sustituir al de unitario ó racionalista. De aquí su odio á las *comuniones reformadas* con pretension de ortodoxas, áun más que á la Iglesia católica. «Lo que llaman protestantismo (escribia á Stuart-Mill en 1837), no es tal religion, sino un mutilado retazo del Papismo, lleno de incongruencias y contradicciones. Por eso no me admiro de que el número de los católicos romanos vaya creciendo cada dia. Los teólogos protestantes son los más activos misioneros de Roma, y caso de pertenecer á alguna Iglesia, no me asombra que el pueblo encuentre más atractiva y de mayor consistencia la del Papa que la del Arzobispo de Cantobery».

En suma: Blanco murió en un puro deísmo (que al mismo Channing escandalizaba), unido íntimamente con J. Mill y los libre-pensadores de la *Revisita de Westminster*, clamando á voz en cuello que «el único *preservativo contra Roma* era la total ruina del cristianismo su-

state of mind and hearth I had persuaded myself that the New Testament afforded as much evidence for as against the Divinity of Jesus, and that in such a doubt, an honest man might remain in a Church professedly Trinitarian.

¹ P. 83, tomo III de su *Life*.

«I have no other objection to the name «Unitarian», but that it is dogmatic. That the doctrine of Trinity, and all those connected with it..... are injurious to the cause of Christianity is a deep conviction of my mind. The true source of these corruptions is that false philosophy, which having begun to insinuate itself into the very hearth of the Gospel, even in the time of St. Paul..... the confessions of faith which chiefly divide the Christian World are purely School Philosophy, applied to the religion of Christ..... Anti-scholastic Christians might be a very good denomination for those who are now called Unitarian and Rationalists..... Anti-sectarian or «Unarticled» Christians.

pernaturalista». Tal nos le muestran los últimos pensamientos que escribió en 1840 (un año antes de su muerte) con el odioso título de *El Anti-Kémpis racionalista ó el Escéptico religioso en presencia de Dios*¹.

Dolorosos fueron aquellos últimos años de su vida, entre privaciones, abandonos y dolencias. Sólo la amistad y los cuidados del ministro unitario de Liverpool M. Martineau, en cuya familia vivió, alcanzaron á consolarle. Cada vez más desafiado de la controversia teológica, buscó el solaz de la música², de las amenas letras, de la historia y de la filosofía, y su correspondencia está sembrada de ingeniosas observaciones sobre los muy variados libros que leía: Shakespeare, Goethe, Espinosa, Schleiermacher, Ranke, la *Simbólica* de Creuzer, traducida ó más bien refundida por Guignaut, la historia de los sistemas filosóficos alemanes de Moritz Chalybaus, Luciano, Aulo Gelio, Dionisio de Halicarnaso, y hasta Victor Cousin y los eclécticos franceses, distrajeron sucesivamente su soledad, y ejercitaron los insaciables y móviles poderes de su alma.

Pero nada curaba su desaliento é hipocondría, acrecentados con la muerte de sus dos hijos y con la partida del único que le quedaba, para el ejército inglés de la India. Entonces formó mil planes: emigrar á la Jamáica, llamar á una de sus sobrinas de Sevilla, para que le acompañasen en el destierro. El trato de españoles le hubiera consolado, pero huía sistemáticamente de ellos, como temeroso de darles en cara con su doble apostasía. A veces sentía retoñar las dulces memorias de su patria y lengua, y escribía versos castellanos ó trazaba los primeros capítulos de una novela, *Luisa de Bustamante ó la huérfana española en Inglaterra*³, empapada toda de amor á sus hermanos (como se complace en llamar á los católicos españoles), y de ódio y menosprecio á la *pruderie* de la buena sociedad inglesa.

Y al día siguiente, con la versatilidad propia de su condicion, como si el demonio de su historia pasada le atormentase, y quisiera él estrangular su propia vergüenza y darse la razon á sí propio á fuerza de *miso-hispanismo*, revolviase aquel infeliz contra los historiadores norteamericanos (Prescott, Irving, etc.), que habían enaltecido nuestras glorias del gran siglo católico, y manchaba el papel con las más horrendas injurias que han salido de la pluma de hombre alguno de nuestra raza: «*La historia de los Reyes Católicos*, de Prescott (decía) me deja en el ánimo la más melancólica impresion. El triunfo de los

¹ Reproducidos por Hamilton Thom en el cap. XII de la biografía de Blanco.

² Cuentan que Blanco era excelente violonista.

³ Se imprimieron muchos años despues de muerto Blanco, en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, que desde 1855 se publicó en Sevilla, bajo la direccion del Sr. Fernandez Espino.

españoles es para mí el triunfo del mal. ¡Ay de los intereses más caños de la humanidad el día que España tenga predominio!.....»

No sólo negaba lo pasado: negaba hasta lo porvenir. «Es imposible (decía á Channing en carta de 10 de Mayo de 1840), que España produzca nunca ningun grande hombre. Y esta íntima conviccion mia nace del conocimiento del país..... La Iglesia y la Inquisicion han consolidado un sistema de disimulo que echa á perder los mejores caracteres nacionales. No espero que llegue jamás el día en que España y sus antiguas colonias lleguen á curarse de su presente desprecio de los principios morales, de su incredulidad en cuanto á la existencia de la virtud».

No nos indignemos con Blanco: basta compadecerle. Ni una idea robusta, ni un afecto sereno habian atravesado su vida. Era el renegado de todas las sectas, el leproso de todos los partidos, y caminaba al sepulcro sin fé en su misma duda, temeroso de lo mismo que negaba, aborrecido de muerte en España, despreciado en Inglaterra, perseguido por los clamores de sus víctimas irlandesas, y hasta aquejado por nocturnas visiones, en que le parecia contemplar triste y cenuda la sombra de su madre:

¡Oh traidores recuerdos qué desecho,
De paz, de amor, de maternal ventura,
No interrumpais la cura
Que el infortunio comenzó en mi pecho!
¡Imágen de la amada madre mia,
Retírate de aquí, no me deshagas
El corazon que he menester de acero,
En el tremendo día
De angustia y pena que azorado espero!

Entonces volvió á las manos de Blanco la descuidada lira española. Inspiróle la cercanía de la muerte los únicos versos suyos sinceros y dignos de vivir: poesia verdaderamente clásica y limpia y sin resabios de escuela; eco lejano de las apacibles y sosegadas armonías de Fr. Luis de Leon. Es un himno á la *resignacion* ¡rara virtud para ensalzada por Blanco!

¡Qué rápido torrente,
Qué proceloso mar de agitaciones
Pasa de gente en gente

Dentro de los humanos corazones!
 Mas se enfurece en vano
 Contra la roca inmóvil del destino,
 Que con certera mano
 Supo contraponerle el Sér divino.
 No así el que sometido
 A la suprema voluntad, procura
 El bien apetecido,
 Sin enojado ardor y sin presura.
 ¡Deseo silencioso,
 Fuera del corazón nunca expresado:
 Tú eres más generoso
 Que el que aparece de violencia armado.
 Cual incienso suave,
 Tú subes invisible al sacro trono,
 Sin que tus alas grave
 La nécia terquedad ó el ciego encono!

A veces una vaga aspiración á la inmortalidad alumbraba tíbicamente las lobregueces de la conciencia de Blanco, y entonces exclamaba con la protagonista de su novela:

Ví un mar de luz, y en él miradme ya:
 ¡Dichosa yo! Con alas venturosas
 Penetraré donde reside el bien,
 Coronaré con inmortales rosas
 De eterno olor la enardecida sién.

Pero tales relámpagos eran pasajeros, y su confianza en Dios venia á reducirse á una especie de quietismo:

No me arredra la muerte,
 Mas si viniere ¡oh Dios! en tí confío....
 ¿Por qué temer? ¿No estás en la tormenta
 Lo mismo que en la calma más tranquila?....
 ¿Y qué es morir? Volver al quieto seno
 De la madre comun, de tí amparado,
 Ó bien me abisme en el profundo ceno

Deste mar alterado,
 Ó yazga bajo el césped y las flores,
 Donde en la primavera
 Cantan las avecillas sus amores ¹.

La muerte de lord Holland, el más antiguo y el más fiel de sus amigos ingleses, puso el sello á las tribulaciones de espíritu de Blanco. Presintiendo próximo su fin, se retiró á Greenbach, cerca de Liverpool, donde tenia una hacienda su amigo Mr. Rathbone. Allí murió en 20 de Mayo de 1841, á los sesenta y seis años de trabajosísima vida. Las últimas palabras suyas que la historia debe recoger son estas de una carta á Channing, escrita dos meses antes de rendir el alma á su Juez: «En el estado actual del mundo y de la cultura popular, no tenemos seguridad alguna de triunfo contra la Iglesia de Roma» ². Dijeron algunos que Blanco habia muerto en la religion de sus padres, pero lo desmiente su amigo y biógrafo Thom, que le asistió hasta última hora, y que recogió con prolijidad inglesa y buena fé loable, los diarios y epístolas de Blanco.

La mayor parte de los escritos de éste quedan ya enumerados. Falta añadir su larga correspondencia con lord Holland en 1809 y 1813 sobre política española y asuntos de *El Semanario Patriótico* y de *El Español*; sus *Cartas del Sábado* á Hamilton Thom sobre los antiguos cuáqueros, sobre la religion y el sacerdocio, sobre las relaciones de la Biblia con la sociedad, sobre los caracteres de la fé, y sobre el doble aspecto de la religion como verdad teológica y como sistema moral. Son suyas algunas oraciones y homilias del *The Book of common prayer* publicado por Bagster. Por encargo de la Sociedad Anti-Esclavista de Liverpool escribió un libro en castellano acerca de la trata de negros. Hay artículos suyos muy extensos y notables, sobre literatura castellana y cuestiones religiosas, en casi todas las revistas inglesas, en el *Quarterly Review*, en *The New Monthly Magazine*, en la *Revista de Londres*, de que sólo aparecieron dos números en 1829, en *The Journal of Education*, en *The Dublin University Review* (1830), en *The London Review and London and Westminster* (1838), en *Christian Teacher* y en otros que no recuerdo ³.

¹ Poetas líricos del siglo XVIII, pág. 663.

² Pág. 307, tomo III de la biografía de Blanco.

³ Hay noticias y áun extractos de muchas de estas obrillas de Blanco en su biografía tantas veces citada. Merecen especial recuerdo cuatro artículos en el *Quarterly Review* sobre la revolución hispano-americana (1812), y otro sobre las novelas españolas (1825). Otro sobre poesía y lenguaje español, en *The London Review*. Sobre el estado de la educación en España, en *The Journal of Education*. Sobre la *Historia de la civilización europea*, de Guizot, en *The Du-*

Sus versos ingleses están sin coleccionar. Figura entre ellos un soneto famosísimo que Coleridge tenía por «una de las cosas más delicadas que hay en lengua inglesa», y al cual, pasando más adelante, llegan algunos ingleses modernos á dar la palma entre todos los sonetos de su lengua, salvo siempre los inmortales y ardorosísimos de Shakespeare. La idea capital del soneto de Blanco es hermosa y poética sobre toda ponderación. Retrata el espanto de Adán al contemplar por primera vez la noche y pensar que en sus tinieblas iba á perecer el mundo. ¡Lástima que el estilo, con ser delicado y exquisito, parezca, por sobra de pormenores pintorescos, más digno de una miniatura *labista*, que de un vigoroso cuadro miltoniano! Tiene, sin embargo, versos de peregrina hermosura: ninguno como el último:

If light can thus deceive, wherefore not life?

(Si la luz nos engaña, ¿cómo no ha de engañarnos la vida?)
¡Singular poder del arte! Sólo esta flor poética crece, á modo de

Nin University Review. Sobre la reciente literatura española, sobre la vida y obras de Crabbe, sobre las *Memorias del príncipe de la Paz*, sobre los *Dramáticos ingleses*, de Lamb, y sobre las nuevas lecciones de Guizot, en la radical *Revista de Westminster*, etc. Los del *Christian Teacher* son casi todos teológicos.

Para completar el catálogo de las numerosas publicaciones de Blanco, falta sólo dar razón de un folleto que publicó respondiendo á las críticas que se hicieron de su *The Law of anti-religious libel*:

—*An answer to some friendly remarks on 'The Law of anti-religious libel re-considered', With an Appendix on the true meaning of an Epigram of Martial, supposed to relate to the Christian Martyrs*. Dublin, 1834, 8.^o

Como este soneto es inseparable de la memoria de Blanco, y hay muchos ingleses que sólo por él le conocen, no será excusado transcribirle aquí, tal como le corrigió el autor en sus últimos años:

Mysterious Night! When our first parent knew
Thee, from report divine, and heard thy name,
Did he not tremble for this lovely frame,
This glorious canopy of light and blue?
Yet, 'neath a curtain of translucent dew
Bathed in the rays of the great setting flame,
Hesperus, with the host of heaven, came,
And lo! Creation widened in man's view.
Who could have thought such darkness lay concealed
Within thy beams, O sun, or who could find,
Whilstst fly and leaf and insect stood revealed,
That to such countless orbs thou mad'st us blind!
Why do we then shun death with anxious strife?
If light can thus deceive, wherefore not life?

Este soneto anda traducido á varias lenguas. En castellano le puso Lista con poca felicidad. Hé aquí dos versiones muy superiores: la primera (paráfrasis más bien) de mi amigo el excelente y originalísimo poeta colombiano D. Rafael Pombo; la segunda, en dísticos latinos, del

siempreviva, sobre el infamado sepulcro de Blanco. Cuando acabe de extinguirse el último eco de sus polémicas y de su escandalosa vida, la Musa del canto conservará su memoria vinculada en catorce versos de melancólica armonía, que desde Liverpool á Boston y desde Boston á Australia, viven en la memoria de la poderosa raza anglo-sajona, que los ha trasmitido á todas las lenguas vivas, y áun ha querido darles la perennidad que comunica una lengua muerta.

eximio *scholar* inglés Samuel Bond, que ha puesto en latin otras poesías castellanas, entre ellas el soneto de Quevedo *Á Roma* y la oda *Al Pusa*, de Ventura de la Vega:

Traducción de Pombo.

Al ver la noche Adán por vez primera
Que iba borrando y apagando el mundo,
Creó que, al par del astro moribundo,
La Creación agonizaba entera.
Mas luego, al ver lumbrera tras lumbrera
Dulce brotar, y hervir en un segundo
Universo sin fin..... vuelto en profundo
Pasmo de gratitud, ora y espera.
Un sol relaba mil; fué un nuevo Oriente
Su ocaso; y pronto aquella luz dormida
Despertó al mismo Adán pura y fulgente.
... ¿Por qué la muerte el ánimo intimida?
Si así engaña la luz tan dulcemente,
¿Por qué no ha de engañar también la vida?

Traducción de S. Bond.

Mystica Nox, cum te primum conspexit Adamus
Tendere nigrantem per loca cuncta togam,
Quaeque prius folia et minimarum corpora rerum
Cernere erat, miris coeca lucere modis;
Nonne animum dubii tentavit frigidus horror,
Ne caderet fracti machina magna poli;
Coerulea ne ruerent proma laquearia coeli,
Neve dies vitae prima, suprema foret?
Attamen haec inter, sub rursada nubila fulgens,
Herperus exurgit, sidereusque chorus;
Visibus attonitis in alter nascitur orbis,
En novus aetheris arcibus extat honor!
Mille unus soles velabat, quodque repugnant
Credenter, lux ipsa est quae patuisse vetat.
Cur igitur tanto fugimus molimine mortem?
Lux potuit, cur non fallere via potest?

(Vid. la excelente revista de Santa Fé de Bogotá, intitulada *El Repertorio Colombiano*, vol. I, núm. I.)

Indicaré, ya que esta nota sola me resta para hacerlo, que en la Universidad de Sevilla se conserva una carta inédita de Blanco al Rector del Colegio de Santa María de Jesús, ó de Mase Rodríguez (Londres, 16 de Setiembre de 1836), enviando libros griegos para la biblioteca del Colegio, y recomendando el estudio de aquel idioma. Es la única prueba de afecto que Blanco dió á su patria durante su larga ausencia.

VI.—MUÑOZ DE SOTOMAYOR.

DE ESTE protestante español no tengo más noticias biográficas que las que resultan del siguiente párrafo de Blanco-White en uno de sus diarios publicados por Thom:

«Vino á Inglaterra por los años de 1827 un clérigo español llamado Muñoz de Sotomayor, que había abrazado el protestantismo en Francia. Se hallaba en gran penuria, singularmente porque el hacerse protestante había sido para casarse con una señora italiana, á la cual tenia que mantener en su destierro. Me le presentaron, y se me ocurrió que podría hacerle ganar algun dinero de la Sociedad de Traducciones, por medio de mi version del Dr. Paley. Se la di á condicion de que revisara el estilo, quitando todos los anglicismos que encontrase. Creo que el buen clérigo no era muy fuerte en materias de critica. Lo cierto es que imprimió mi traduccion al pié de la letra, tal como se hallaba en el manuscrito que le entregué. Sotomayor la encabezó con un breve prefacio, etc. etc.»

Este clérigo apóstata publicó luego otras versiones. Las que yo he visto son: *Perspectiva real del Cristianismo práctico*, de Wilberforce, (libro famoso de reaccion cristiana y espiritualista contra el desbordamiento impío de la revolucion francesa) y el *Ensayo*, de David Bogue, *Sobre la divina autoridad del Nuevo Testamento*, impresas desde 1827 á 1829¹.

¹ *Perspectiva Real* | del | *Cristianismo Práctico*, | ó sistema del | *Cristianismo de los Mandatos*, | en | las clases alta y mediana de este país, | paragonado y contrapuesto al verdadero Cristianismo. | Por | Guillermo Wilberforce, Esq. Miembro del Parlamento Británico. | Traducido | del Inglés al Español, | por | el Rev. José Muñoz de Sotomayor, | Presbitero de la Iglesia Anglicana, | Doctor en Teología, y | Socio de varias Academias de Europa. |Londres | 1827. LXV más 335 págs., más seis hojas de índice.

Tiene esta dedicatoria: «Al caballero Guillermo Wilberforce, antiguo miembro del Parlamento Británico, y autor de esta obra inmortal, trasladando las profundas ideas del célebre Cowper, como las más adecuadas para manifestarle toda su admiracion y gratitud, D. O. C. su más humilde y obediente servidor, J. M. de Sotomayor.» Siguen unos versos detestables. La traduccion es muy mala.

«Ensayo sobre la divina Autoridad del Nuevo Testamento | por | David Bogue. | Traducido del inglés | por | el doctor Don José Muñoz de Sotomayor. Segunda edición. 1829. 8.º XII más 240 páginas.

LIBRO VIII

CAPÍTULO PRIMERO

POLÍTICA HETERODOXA DURANTE EL REINADO DE DOÑA ISABEL II

I. Guerra civil. Matanza de los fráteres. Primeras tentativas de reformas eclesiásticas.—II. Desamortizacion de Mendizabal.—III. Constituyentes del 37. Proyecto de arreglo del Clero. Abolicion del diezmo. Disensiones con Roma. Estado de la Iglesia de España: Obispos desterrados: gobernadores eclesiásticos intrusos.—IV. Cisma jansenista de Alonso durante la regencia de Espartero.—V. Negociaciones con Roma. Planes de enseñanza.—VI. Revolucion de 1834: desamortizacion: Constituyentes: ataques á la unidad religiosa.—VII. Retencion del *Syllabus*.—VIII. Reconocimiento del reino de Italia y sucesos posteriores.

I.—GUERRA CIVIL.—MATANZA DE LOS FRÁTERES.—PRIMERAS TENTATIVAS DE REFORMAS ECLESIÁSTICAS.



EL NÚMERO mayor de acacimientos que desde ahora hasta el término de esta historia hemos de narrar; la misma variedad y discordancia de las manifestaciones heterodoxas, exigen, para ser fácilmente comprendidas, que las distribuyamos en grupos con rigor y claridad. Tres núcleos principales se ofrecen desde luego á la consideracion: la *heterodoxia política*, que genéricamente se llama *liberalismo* (tomada esta voz en su rigurosa acepcion de libertad falsificada, política sin Dios, ó séase *naturalismo político*, y no en ningun otro de los sentidos que vulgar y abusivamente se le han dado), la *heterodoxia filosófica* (panteismo, materialismo.... en suma, todas las variedades del racionalismo) y la *heterodoxia sectaria*,